



CULTURA, PODER Y SENTIMIENTOS: REFLEXIONES EN TORNO A RAYMOND WILLIAMS Y NORBERT ELÍAS

Jerónimo Pinedo

Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

I.

En el pequeño ensayo *El Traje y la fotografía*¹, John Berger estudia las etéreas relaciones de hegemonía cultural entre campesinos, obreros y burgueses a través de la vestimenta. Examinando una fotografía de August Sander, *Campesinos que en la tarde se encaminan al baile*, tomada en 1914, describe la construcción de hegemonía a través de detalles mínimos y cotidianos. Los retratados usan traje, una prenda de vestir que se desarrolló en Europa durante el último tercio del siglo XIX como un vestido profesional de la clase dirigente.

“Casi tan anónimo como un uniforme, fue el primer vestido de la clase alta que idealizaría puramente el poder sedentario. El poder del administrador y de la mesa de conferencias. Esencialmente, el traje fue hecho para la gestualidad que acompaña la charla y al pensamiento abstracto.”²

Con su extensión a las capas sociales más bajas, el traje, una vestimenta hecha a la medida de ese “poder sedentario”, entró en relación con otros cuerpos, modelados a su vez, por otras formas de ganarse la existencia.

“Las manos grandes a causa de haber trabajado con ellas desde una edad muy temprana, los hombros anchos, en relación con el resto del cuerpo, debido a la costumbre de transportar cosas pesadas...”³

Al montarse sobre esas siluetas esculpidas por el trabajo manual, el traje, creado para realzar la figura del gentleman, produce un efecto cómico, paródico y denigrante que se derrama sobre la imagen de quienes lo visten. Sus manos son demasiado grandes, su cuerpo demasiado delgado, sus piernas demasiado cortas. A

¹ En Berger John (2005), *Mirar*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, Argentina.

² Berger John, op. cit., p. 46.

³ Idem., p. 47.

esos campesinos que en la tarde son sorprendidos por el fotógrafo cuando van de camino al baile “...los trajes los deforman. Con ellos puestos da la impresión de que son contrahechos.”⁴

Sin embargo, nadie los obligó a comprar un traje, y en la forma de portarlo están, claramente, orgullosos del suyo, concede Berger. Y esta es precisamente la razón por la cual el traje podría convertirse en un ejemplo de hegemonía cultural. Los campesinos europeos, luego de extensas campañas publicitarias asociadas a la moda,

“...aceptaron como suyos, algunos valores de la clase que los gobernaba, entre ellos, el de la elegancia en el vestir. Al mismo tiempo, su misma aceptación de esos estándares, su conformismo con respecto a unas normas que no tenían nada que ver ni con su propia herencia ni con su experiencia cotidiana, los condenó de acuerdo con ese sistema de valores, a ser siempre, para las clases que están por encima de ellos, ciudadanos de segunda categoría, toscos, groseros y desconfiados.”⁵

La hegemonía es un concepto que pretende vincular la experiencia subjetiva con la totalidad social, y predicar de sus relaciones los procesos de construcción, subordinación y resistencia que se dan como “soluciones vivas” a realidades económicas específicas⁶.

Sin embargo, y a pesar de su elegancia, si nos quedamos congelados en el ejemplo de Berger la noción de hegemonía queda atrapada en la simplificación. Su tesis puede sintetizarse del modo siguiente: determinados valores de las clases burguesas por el hecho de su difusión y repetición apoyado en el poder social de sus portadores es adoptada por las clases inferiores de un modo a-crítico, ya que esos valores poco tienen que ver con su experiencia, por el contrario, tienden a enmascarar y ridiculizar su propia experiencia colectiva y corporal.

Esta mirada reproductiva coincide con ciertos aspectos de la perspectiva de Pierre Bourdieu. En su libro *La Distinción*, escribe al pie de página un párrafo esclarecedor de su mirada sociológica sobre la cultura popular. Es en la nota al pie número 35 de la edición en castellano de la obra donde se lee:

“Es preciso no olvidarse de que la estética popular es una estética dominada, que incesantemente está obligada a definirse en relación con las estéticas dominantes. No pudiendo ni ignorar la estética culta que recusa su estética ni renunciar a sus inclinaciones socialmente condicionadas y menos aún proclamarlas o legitimarlas, los miembros de las clases populares (y sobre todo las mujeres) viven frecuentemente en el desdoblamiento su relación con las normas estéticas.”⁷

El desdoblamiento que señala Bourdieu ocurre de modo tal que los sujetos reconocen la legitimidad de las normas estéticas de las clases dominantes pero al mismo tiempo se apartan de las mismas al definir su propio gusto. Una frase donde se ve reflejado este modo de ver las cosas es aquella que se pronuncia frente a una obra de arte que se considera legítima pero en la cual no se encuentra identificado con el gusto personal, por ejemplo: “es muy bella, pero no es lo que a mí me gusta...” Este tipo de proposiciones, tendería a afirmar los valores dominantes de las clases dominantes y a negar la existencia de valores estéticos genuinos en las clases populares. Ya que la frase fija los valores estéticos de clase como valores naturales y universales al mismo tiempo que acepta la precariedad y la arbitrariedad del gusto personal del individuo de clase popular.

La utilización del concepto de hegemonía como un bloque fijo de valores que se impone sobre los sujetos, como se les impone como “la ley de gravedad a los hombres cuando se les cae el techo de su casa sobre sus

⁴ Idem., p. 47.

⁵ Idem., p. 48.

⁶ Williams Raymond (1980), *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, Madrid, p. 137.

⁷ Bourdieu Pierre (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Editorial Taurus, España, p. 38.

cabezas”, tiende a adoptar una noción fija, de totalidad abstracta, reproductiva, que no se condice con el proceso social como realidad inacabada. Interpretada así, la categoría de hegemonía no provee de ninguna diferencia analítica significativa frente a la noción de dominación simbólica propia de las miradas centradas en la reproducción del orden social. Si es posible hablar de las “ventajas” de un concepto, como cuando se habla del rendimiento diferencial de un artefacto, la ventaja de la noción de hegemonía es que, a diferencia de la noción de dominación simbólica, permite captar los procesos y las tensiones, sin asumir irreflexivamente la idea de cultura dominante como un bloque estático de ideas y creencias.

II.

Por cierto, el uso que intentaba darle Gramsci estaba lejos de una perspectiva fija y reproductiva de la sociedad. En una de sus tantas páginas lúcidas, Antonio Gramsci dedica uno de sus pensamientos miscelánicos a la lotería⁸. Juega con la idea de que la noción de “opio del pueblo”, utilizada por Marx, tuvo su origen en “opio de la miseria”, frase esgrimida por Balzac para aludir a ese juego de azar muy popular entre las masas urbanas. Gramsci transcribe a Balzac:

“Esta pasión, universalmente condenada, nunca ha sido estudiada. Nadie ve en ella el opio de la miseria. La lotería, la más poderosa nada del mundo ¿no despertaría esperanzas mágicas? El golpe de ruleta que hacía ver a los jugadores masas de oro y de goces, no duraba lo que dura un relámpago; mientras que la lotería daba cinco días de existencia a ese magnífico relámpago. ¿Cuál es hoy la fuerza social que puede, por cuarenta centavos, dar la felicidad por cinco días y entregarnos idealmente todas las felicidades de la civilización?”(En francés y en castellano en el original)⁹

Gramsci suponía que el pasaje de la expresión “opio de la miseria” para la lotería a la expresión “opio del pueblo” para la religión, podía provenir de las reflexiones pascalianas sobre *Le Pari*, donde se asocia la creencia religiosa a la apuesta. Pascal argumentaba que debido a la impotencia de la razón, y ante la imposibilidad de saber, era preciso actuar como si se supiese, dado que “según el cálculo de probabilidades es ventajoso apostar que la religión es cierta, y regular la propia vida como si lo fuera.” Con el argumento de la apuesta, Pascal muestra su sagacidad, lo elogia Gramsci, dando forma literaria, justificación lógica, prestigio moral y dignidad filosófica,

“...a este argumento de la apuesta, que es en realidad un difundido y popular modo de pensar la religión, pero un modo de pensar que se avergüenza de sí mismo, porque al mismo tiempo que satisface, aparece como indigno y bajo.”¹⁰

En la lotería encontramos un ejemplo de lo que Raymond Williams llamaba los procesos formativos de lo hegemónico que conforman

“...un cuerpo de prácticas y expectativas (...) nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo.”¹¹

Según Williams el acierto de Gramsci había estado en distinguir entre dominio y hegemonía. Mientras el primero se expresa en formas directamente políticas, y en tiempos de crisis por medio de una coerción directa y

⁸ Gramsci Antonio (1998), La religión, la lotería y el opio de la miseria, en *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, pp. 277 a 280.

⁹ Idem, p. 278.

¹⁰ Idem, p. 279.

¹¹ Williams Raymond (1980), *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, Madrid, p. 131.

efectiva, la segunda, es un complejo entrelazamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales. Para Williams, la noción de hegemonía completa y extiende el concepto de cultura, ya que la tesis de que los hombres participan en la producción significativa del mundo social es *“correcta desde el punto de vista teórico, pero a continuación debe matizarse”*, con la experiencia no menos cierta de que las desigualdades en la distribución de los medios determinan las diversas capacidades para intervenir en el proceso de producción social. El concepto de hegemonía tiene la cualidad *“... de vincular el proceso social total con las distribuciones específicas del poder y la influencia.”*¹²

Si, por un lado, la hegemonía va más allá de la idea de cultura *“como proceso social total en que los hombres definen y configuran sus vidas”*¹³, al enfocar cultura y poder como un solo proceso in-escindible respecto de la producción de un orden social; por otro lado, también supera a la noción de ideología, ya que lo que resulta decisivo en la construcción de un orden social no son únicamente el nivel articulado *del sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes.*¹⁴ Según Williams, la existencia asistemática, heterogénea, confusa e inarticulada de los elementos sociales y hegemónicos no conforman una debilidad del proceso, como podría suponerse al comparárselo con el sistema generalizado de la ideología, sino el modo en que las relaciones de dominación y subordinación son asumidas según sus configuraciones por la conciencia práctica. Además de captar la heterogeneidad y la existencia inarticulada de lo real, el concepto de hegemonía pone de relieve el proceso social como una totalidad. No es un bloque fijo que se impone y cancela el proceso de producción de lo social, sino un proceso que abarca la totalidad de lo social y que siempre permanece abierto. Siendo que la hegemonía *constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida*, y que no se manifiesta únicamente como actividad política y económica, sino *que es una saturación del proceso de la vida en su totalidad (...) de toda la esencia de las identidades y las relaciones vividas*¹⁵, no se da de un modo pasivo como una pura forma de dominación, sino que continuamente es *“resistida, limitada, alterada, desafiada”*, y por ello, continuamente debe ser *“renovada, recreada, defendida, modificada”*.¹⁶ Si adoptamos esta perspectiva, entonces nos veremos obligados a distinguir analíticamente el proceso de producción social de significados de los momentos de jerarquización de los resultados parciales de ese proceso.

El ejemplo de la lotería ilustra bastante bien la paráfrasis que hemos realizado de Raymond Williams. En primer lugar nos muestra que las variaciones y determinaciones de lo hegemónico son mucho más sutiles e intrincadas de lo que podría suponerse partiendo de una idea sustentada sobre la base de la noción de dominación, y que los procesos de identificación a los que da lugar se extienden en una variedad muy compleja. En segundo lugar, ateniéndonos a las ideas de Balzac, los pensamientos y las prácticas populares están vinculados a un modo de experimentar el orden social y dicen, a su modo, algo sobre él. De la experimentación del mundo popular, de sus límites, restricciones, pero al mismo tiempo, de sus posibilidades prácticas, se producen ideas y valores genuinos. En tercer lugar, la hegemonía no puede representarse únicamente como un esquema de arriba hacia abajo, del tipo, las ideas de las clases dominantes son las ideas dominantes en las clases dominadas, sino que también hay procesos, por así decirlo, de abajo hacia arriba. Ciertas ideas populares pueden transformarse en ideas de las clases dominantes e incluso adquirir el rango de ideas legítimas. En ese sentido Gramsci destaca el papel de Pascal, que como Balzac, le dan dignidad a los pensamientos populares, elevando esos pensamientos que se avergüenzan de sí mismos al rango de ideas filosóficas o literarias. En cuarto lugar, aparece en el ejemplo la noción gramsciana del intelectual colectivo, las ideas pueden surgir como fruto de un trabajo colectivo y anónimo, luego del cual, los intelectuales se dedican

¹² Idem, p. 129.

¹³ Idem, p. 129.

¹⁴ Idem, p. 130.

¹⁵ Idem, p. 134.

¹⁶ Idem, p. 135.

a inscribirlas en una argumentación lógica, en un sistema coherente, registrando así su firma personal. En ese preciso momento aparece el autor y con él la representación equivocada de que el individuo ilustrado es el creador de la idea y no, como aparece en el ejemplo de Gramsci, un suscriptor de la idea. Alguien que le da una función pero que no la ha creado como tal.

El concepto de hegemonía pergeñado por Gramsci, y retomado por Williams, intenta suplir una de las falencias que Norbert Elías solía señalar en el pensamiento marxista, la tendencia a ver las fuentes del poder social únicamente en el control de medios no humanos.¹⁷

III.

Asumido el aporte de Gramsci, Raymond Williams busca complejizar el concepto y derivar una serie de categorías útiles para el análisis cultural. Una vez rescatado de su tratamiento super-estructural y devuelto al proceso de producción de lo social. Una vez resuelto el falso dilema entre ideas dominantes y existencia inarticulada de los valores y las creencias. El proceso social de producción simbólica requiere de una especificación por medio de categorías de análisis que puedan ir poniendo en orden un estudio detallado de su dinámica. Aquí nos limitaremos a desarrollar una de sus propuestas, la noción de estructura de sentimiento.

Uno de los riesgos latentes en el análisis cultural está dado por la tentación de tomar a la actividad cultural humana desde el punto de vista de sus productos acabados, operando una reducción de lo social a formas fijas. Así, “*las tensiones experimentadas, los cambios y las incertidumbres, las formas intrincadas de la desigualdad y la confusión*” son desechadas en el análisis. Sin embargo, la identificación de los sistemas de creencias y valores no constituye un “...*inventario pleno, ni siquiera de la conciencia social en su acepción más simple, ya que se convierten en conciencia social sólo cuando son vividos (...) en relaciones que son algo más que intercambios sistemáticos entre unidades fijas.*” Esta cualidad vívida, heterogénea y dinámica de la conciencia práctica, supone que los interrogantes sobre su conexión con las instituciones y formaciones sociales, las clases sociales, el orden social, deben ser situados y circunstanciados en el campo histórico. Si la sociedad es una totalidad viviente, todos los procesos que se dan en su seno contribuyen a estructurarla, incluidos todos aquellos que sin estar definidos, clasificados y racionalizados, ejercen presiones palpables y establecen límites efectivos sobre la experiencia y la acción.¹⁸

Ciertos elementos, que no son necesariamente ideas y valores, sino impulsos, tonos, afectos imbricados en la conciencia práctica y las relaciones; vergüenza y dignidad, como en los pensamientos populares sobre la lotería; grotesco y elegancia, como en el uso del traje por parte de burgueses y campesinos, son parte de esas presiones y límites sobre la experiencia y la acción. Modos en que son vividos y sentidos activamente los valores y los significados. La noción de estructuras del sentimiento intenta captar esas vivencias que estructuran las relaciones entre los sujetos sociales, y que no pueden conceptualizarse como concepciones del mundo o creencias sistemáticas.

“... elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, y no sentimiento contra pensamiento, sino pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada.”¹⁹

¹⁷ Cf. Elías Norbert (1998), Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados, en *La civilización de los padres y otros ensayos*, Grupo Editorial Norma, Colombia, Bogotá.

¹⁸ Cf. Williams Raymond (1988), op. cit., pp. 152 y 153.

¹⁹ Idem., 155.

Lo que se desea iluminar a través de esta categoría son las sensaciones y sentimientos que suscitan las relaciones sociales en la conciencia de los individuos interrelacionados, al mismo tiempo que, esas sensaciones y sentimientos le dan un tono particular a las fibras que articulan las conexiones. Por ello, esos elementos están entrelazados y en tensión en una estructura, de igual modo que lo están las fibras en un músculo que está siendo utilizado. Pero al mismo tiempo son flexibles (como las fibras del músculo), ya que constituyen una experiencia social en proceso. A menudo esos sentimientos no son reconocidos como sociales, sino como privados, idiosincrásicos y aislantes, pero que vistos en el proceso social se observan como procesos específicos de emergencia, conexión y jerarquización de los valores y los significados que estructuran las relaciones sociales y se manifiestan en la conciencia práctica.

IV.

Por su parte, Elías consideraba que la errónea fijación de las relaciones sociales provenía de ciertos vicios de nuestro lenguaje común que se transportan a las teorías de modo irreflexivo.

“... la tendencia de nuestros idiomas a situar en el centro de atención sustantivos a los que se confiere un carácter de cosas en estado de reposo y expresar todos los cambios y los movimientos mediante atributos o verbos (...) la separación mental que operamos involuntariamente entre el actor y su actividad, entre la cantidad y el desarrollo de acontecimientos, entre objetos y relaciones. (...) la forzada tendencia de nuestros idiomas a hacernos hablar y pensar como si todos los objetos de nuestra reflexión, incluidos los propios hombres, fuesen en principio meramente objetos, no sólo sin movimiento, sino también sin relaciones, es extremadamente molesta para la comprensión de los entramados humanos que constituyen el objeto de la sociología.”²⁰

Pero además de los límites que impone el uso común de nuestros idiomas,²¹ Elías apuntaba al menos a dos tendencias teóricas. La primera al interior de la tradición marxista, que privilegia las relaciones sociales orientadas a la lucha por el control de medios no humanos (productos y herramientas de producción). La segunda dentro del pensamiento freudiano, que cierra toda la constitución subjetiva de lo humano al individuo y la cancela a través de sus relaciones objetuales con los afectos y traumas de la infancia. Así emerge un *homo clausus*, un sujeto preconstituido que se vincula como totalidad cerrada al marco de relaciones sociales en el cual se desarrolla su vida. Esta cancelación prematura de la socio-dinámica, sea por el lado de acentuar únicamente las relaciones de apropiación de objetos, sea por el lado de circunscribir las relaciones sociales constitutivas al primer período de la vida del individuo, intentaba ser superada por Elías por medio del concepto de figuración.

La especificación del concepto de figuración requiere dos movimientos. Por un lado, este concepto proviene como resultado de una imagen de la sociedad como entramado de individuos, por otro, es en sí mismo una categoría de análisis que intenta como concepto concreto iluminar la naturaleza cambiante de esos entramados y sus consecuencias en el comportamiento colectivo e individual. El concepto de figuración tiene como pretensión abarcar toda la extensión de lo social, “*muchas personas individuales que por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su independencia recíproca están ligadas unas a otras del modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de*

²⁰ Elías Norbert (1999), *Sociología Fundamental*, Editorial Gedisa, España, Barcelona, p. 135.

²¹ Curiosamente el carácter sustantivo de nuestros idiomas había presentado un problema para las vanguardias artísticas argentinas y al mismo tiempo un campo de experimentación estética muy propicio. Partiendo de la idea de Heráclito de “todo fluye”, Xul Solar inventó todo un lenguaje que eludía el uso de sustantivos y construía una serie de verbalizaciones en movimiento que permitiera captar la experiencia de permanente cambio. Esas ideas fueron utilizadas por Jorge Luis Borges para escribir el relato *Tlön, Uqsbar y Orbis Tertius*.

poder más o menos inestables del tipo más variado como por ejemplo, familias, escuelas, capas sociales o estados.”²² Por otra parte, busca una caracterización del poder como “presión específica que ejercen las figuraciones sociales, constituidas por las personas en interacción, sobre esas mismas personas.”²³ De aquí surgen tres consecuencias teóricas insoslayables. Primero, no hay una determinada esfera social que se privilegie en la explicación partiendo de una decisión teórica tomada en el plano abstracto de la teoría. Segundo, el poder no es resultado de un traspaso de una esfera a otra (del tipo como se posee la propiedad de los medios de producción también se controlan la producción cultural), sino un equilibrio de diferenciales de poder que surgen de las posiciones que ocupan quienes están involucrados en el entramado. Tercero, poseer una mayor rata de poder no supone tener entre manos el curso de los acontecimientos. Ya que los equilibrios fluctuantes de poder se experimentan como presiones, coacciones, entre los individuos del grupo antagónico pero también del grupo de pertenencia. Como veremos más adelante en el caso de las figuraciones del tipo establecidos y marginados que teoriza Elías, disfrutar de privilegios por pertenecer al grupo con mayor rata de poder no supone controlar el proceso, pues ese proceso es, por así decirlo, ciego. Pero que lo sea no supone ausencia de explicación posible, sino que la explicación debe hacerse en términos alternativos a las intenciones individuales y/o grupales.

Para Elías el concepto de figuración resultaba de ayuda para flexibilizar la presión social que induce a hablar y pensar como si individuo y sociedad fueran dos figuras distintas y antagónicas. Para distinguir algunas de sus características Elías proponía como ejemplo de figuración cuatro personas que se sientan en torno a una mesa y juegan a las cartas. En primer lugar el transcurso del juego resulta del entramado de las acciones de un grupo de individuos interdependientes. El juego, en caso de que los individuos posean fuerza equilibrada, posee relativa autonomía frente a cada uno de ellos por separado, pero no tiene una existencia, ni es una esencia o sustancia, independiente de los jugadores. Tampoco es un tipo ideal del cual pueda extraerse una generalización que permita formular una ley del comportamiento individual, es tan concreto como los jugadores sentados en torno de la mesa. Lo que hace del juego una figuración es “el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones en sus relaciones mutuas.” Lo que hace del juego de cartas una figuración es la interdependencia de los jugadores, y esa interdependencia es en sí misma una *tejido de tensiones*, cuentan tanto las relaciones con los aliados como las que se establecen entre adversarios.²⁴

V.

Uno de los lugares de la obra de Elías donde se puede ver el funcionamiento de un análisis figuracional es en su *Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados*. A través del estudio de la comunidad de Wiston Parva, Elías descubre la existencia de balances desequilibrados de poder que encuentran su fuente en las diferencias de cohesión interna entre un grupo dominante y otro dominado. El grupo dominante de Wiston Parva contaba con un poder superior por el sólo hecho de haberse establecido en lugar dos o tres décadas antes, lo que le había permitido lograr un alto grado de cohesión grupal y control comunitario frente a las familias que habían llegado allí más recientemente, carentes de toda cohesión interna. Sobre esa raíz de los diferenciales de poder los establecidos desplegaban toda una serie de mecanismos de exclusión y estigmatización contra los recién llegados que tenían como consecuencia un fortalecimiento de la identidad del grupo dominante y una correlativa debilidad en la identidad de los marginados.

²² Elías Norbert (1999), op. cit., p. 16.

²³ Idem., p. 17.

²⁴ Cf. Elías Norbert (1999), op. cit., p. 157.

“... la exclusión y la estigmatización de los marginados resultaron armas poderosas que eran empleadas por los establecidos para conservar su identidad, reafirmar su superioridad y mantener a los otros firmemente en su sitio”²⁵

“... los nuevos por su parte, al cabo de algún tiempo parecían aceptar, con una especie de desconcertada resignación, su pertenencia a un grupo de menor valor y respetabilidad...”²⁶

Entre otras cosas, allí se destacan tres aspectos del enfoque figuracional que nos interesan para construir el paralelo con Williams.

En primer lugar, enfocar las relaciones de poder como figuraciones supone no sólo observar las fuentes del poder sino además sus fluctuaciones en el tiempo. Esas relaciones deben ser vistas tanto sincrónica como diacrónicamente. En el primer sentido, son equilibrios precarios alcanzados en un momento dado. En el segundo, son procesos dinámicos que pueden fluir en direcciones contrarias, tanto hacia una equiparación del balance de poder como hacia una acentuación de la fuerza de uno de los polos. Como señala Elías, la estigmatización cada vez más agresiva que un grupo poderoso lanza contra otro más débil puede ser resultado de un reequilibrio más favorable para éste último que mediante sus acciones ha logrado “morder” y que, a su vez, a conseguido que el grupo antiguamente dominante sienta “la mordida”.

En segundo lugar, los procesos de nominación social cumplen una función inherente (y no agregada) a la formación de ese balance de poder y constituyen respuestas situadas a la dinámica que adopta ese balance. Darle un nombre a un grupo para que viva según él supone atribuir sentidos de algún tipo al otro grupo y por derivación deducir los del propio. En general, como señala Elías, los grupos dominantes (establecidos) están en condiciones de descargar un conjunto de malas características imaginarias sobre los grupos dominados (marginados), asignando todos los valores a-nómicos a sus adversarios y reservándose para sí los valores nómicos. Ahora bien, el mecanismo del estigma no sólo tiene como objeto “privar de sentido” a los marginados, sino además, el de controlar a los propios miembros del grupo. A través del “miedo a la contaminación” el grupo se asegura que ninguno de sus miembros entre en relación con algún miembro del grupo marginado de modo tal que pueda poner en crisis el “carisma del grupo”.

En tercer lugar, Elías señala que los miembros de un grupo de establecidos gozan del “carisma de grupo”, es decir, se sienten humanamente superiores a los otros por formar parte de un grupo poderoso. La trasgresión de las fronteras por parte de un miembro que entra en relaciones con algún individuo del otro grupo se paga con la disminución o la pérdida de ese carisma. Pero, como contrapartida, los grupos marginados pueden aceptar resignadamente su “falta de carisma”, asumir la desigualdad como consecuencia de características inherentes a su propio grupo²⁷, o desencadenar mecanismos de “contra-estigmatización” con el objeto de volver el peso de la balanza a su favor.

²⁵ Elías Norbert (1998), Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados, en *La civilización de los padres y otros ensayos*, Grupo Editorial Norma, Colombia, Bogotá, p. 86.

²⁶ *Idem.*, p. 83.

²⁷ Insertos en ciertos equilibrios de poder los procesos de nominación pueden favorecer la formación de determinadas estructuras materiales imaginarias. El caso de los Burakumin que cita Elías es iluminador, se ocupan de los empleos más ásperos y despreciados por la sociedad y son tratados como sub-humanos, (su nombre estigma es “Eta” que significa literalmente lleno de mugre), y cuando son interrogados por el antropólogo, en lugar de cuestionar el estigma, asumen que ellos no son comparables con el resto de los japoneses, “No” respondió, “nosotros matamos animales. Nosotros somos sucios y hay gente que cree que no somos humanos” Pregunta: “¿Cree que ustedes son hombres?” Respuesta (después de larga pausa): “No sé... somos malos, y somos sucios.”²⁷ Este proceso llega al paroxismo cuando los rumores que circulan sobre una supuesta marca física oculta en la axila de los Burakumin sería la prueba irrefutable de su sub-humanidad. “... según la tradición del chisme de los japoneses mayoritarios, tienen una marca física hereditaria que los distingue como miembros del grupo marginado: un lunar azuloso debajo de cada brazo.” Para Elías, el estigma, que imputa valores a-nómicos a los marginados y reserva los valores nómicos para los establecidos, no tiene como único objetivo privar materialmente a los primeros, sino el de privarlos de sentido, creando incluso objetos materiales imaginarios.

Estos tres niveles, relaciones de poder, construcción simbólica de los términos de esa relación, y sentimientos individuales y colectivos que se suscitan en torno a la misma, jamás constituyen una estructura de relaciones fijas. Por más desequilibrado que sea ese balance de poder, siempre aparecen acontecimientos y/o procesos que lo socavan y, por ello mismo, exigen una nueva respuesta de quienes hasta el momento se han visto favorecidos por el desequilibrio.

VI.

No es objeto de este ensayo realizar una síntesis teórica entre conceptos de Williams y Elías, empresa que por otra parte no estamos en condiciones de emprender, lo que buscábamos era poner en paralelo ciertas preocupaciones comunes de ambos autores, sin agotar los problemas de semejanza y diferencia que se presentarían si intentáramos producir aquella síntesis. Lo que percibimos a partir de la lectura de ambos es que el problema de la interrelación, la interdependencia, como procesos que involucran varios planos de lo social, conformaba su horizonte común.

Para Williams, claramente posicionado al interior del pensamiento marxista, la dificultad estribaba en que si bien el propio Marx había avanzado en una teoría de la totalidad que tuviese en cuenta los procesos materiales “como libro abierto de las facultades humanas”, al mismo tiempo, algunas de sus formulaciones, retomadas por sus epígonos, tendían a desmerecer este descubrimiento a favor de una serie de falsos dilemas como el de base-superestructura, determinación en última instancia, mayor peso de lo económico sobre lo político y lo cultural, etc.

Para Elías, el problema venía dado por el modo en que había evolucionado la teoría social de Comte a Weber. Recurrentemente estos autores, incluido Marx, se habían encontrado frente a la falsa dicotomía individuo – sociedad, y a continuación habían intentado resolverla. Pero el intento siempre resultaba fallido porque se ingresaba en el plano de una falsa elección: poner todo el peso explicativo sobre uno de los términos. Para Elías esto revertía en dos consecuencias irresolubles. En el primer caso la sociedad se postulaba como un objeto exterior a los individuos, y por ello mismo, el individuo se tornaba un objeto derivado de la primacía de lo social. En el segundo caso la sociedad se difuminaba en las intenciones de los individuos perdiendo de vista la interdependencia y las coacciones que presionaban y limitaban la autonomía de esos individuos. En un caso como en otro se postulaban objetos fijos y luego se predicaban conexiones externas a los objetos. Estos modelos de explicación tenían una dificultad adicional como corolario, transformar al poder en un amuleto, y definir las relaciones de poder a partir de la posesión o no de ese objeto. Pero como sostiene Elías, el poder no tiene una existencia independiente de las relaciones sociales, ni tiene una valencia polar del tipo 0-1, sino que es inherente a todas las relaciones sociales y se presenta más como un juego de equilibrios que imprime una dirección determinada a los procesos de interdependencia humana, dirección que por otra parte no es fruto de una intención individual sino consecuencia del juego de esos equilibrios. En ese punto Norbert Elías compartía con Raymond Williams la crítica a las propensiones a sustantivar y fijar las relaciones sociales. Para Elías se trataba de disolver esa dicotomía, probablemente matriz de todas las confusiones socioló-

Según Elías, casos como este obligan a reconsiderar las teorías que expliquen los diferenciales de poder en razón de la posesión monopólica de objetos no humanos como armas o medios de producción, ya que la propia estigmatización puede ser empleada como arma para establecer y conservar una identidad, reafirmar la superioridad del grupo y mantener a los otros sujetos firmemente a su sitio. ¿Pero qué es el proceso de estigmatización, sino un particular modo de ponerle nombre a las cosas, a las personas y a sus relaciones, de suscitar sentimientos de vergüenza o amor propio, de dar la impresión de suciedad y deformidad, o de pulcritud y proporción, hasta dar lugar a la creación de objetos imaginarios que tienen la fuerza evidente de los objetos reales?

gicas, reemplazándola por una visión de la sociedad como entramo de relaciones de interdependencia recíproca, esto es, como procesos de encadenamiento dinamizados por equilibrios de poder inestables.

Para Williams había que ir al encuentro de la conciencia práctica y desarrollar categorías de análisis que pudieran captar todo aquello que el marxismo ortodoxo había expulsado del proceso material porque ponía en crisis el dogma de determinación por la base económica, surgido de aquella infeliz expresión de Marx que introducía una confusión al igualar la actividad material con las relaciones de producción de bienes de subsistencia.

Según nuestra opinión, las interesantes preguntas de Elías, que vuelven a poner de relieve que el poder “... *no es un amuleto que uno posea y otro no, (sino) una peculiaridad estructural de las relaciones humanas –de todas las relaciones humanas*”²⁸, pueden ser respondidas con mayor solvencia si son completadas con un enfoque teórico que tome en cuenta la perspectiva de la hegemonía. Ya que este concepto tiene la virtud de ligar los procesos sociales de gran escala con las prácticas sociales de pequeña escala, sin desvirtuar el sentido práctico de éstas últimas y preguntándose finalmente por el complejo entramado de poder que articula esas prácticas a un determinado orden social.

El concepto de hegemonía permite captar no solamente las nominaciones, sino además, las sensaciones y los sentimientos que se imbrican en relaciones sociales basadas en equilibrios de poder asimétricos. La sensación de contrahecho, de deformidad, de comicidad, de descolocación, que el traje pone de manifiesto en los campesinos de la fotografía de August Sander; el sentimiento de felicidad, vergüenza o dignidad que Gramsci observa en los pensamientos populares sobre la apuesta, la lotería y la religión; el estigma, los valores nómicos, la privación de sentido, el lunar azul que el chisme coloca debajo del brazo de los Burakamin, como muestra el caso citado por Elías, ponen ejemplo sobre ejemplo, las sutiles relaciones de poder, ya no como entidades abstractas al interior de premisas teóricas, sino como vivencias reales en experiencias sociales concretas. Pensamientos que se avergüenzan de sí mismos, cuerpos que dan una impresión grotesca al ser vestidos de una determinada manera, lunares azules que se injertan debajo de las axilas por efecto del rumor, forman parte de ese conjunto heterogéneo pero, preciso y coherente, de las vivencias cotidianas y significativas del poder. Sensación, sentimiento y nominación, son tres hilos que enhebran por dentro el entramado vivo de la hegemonía.

Pero, por otro lado, Elías y Williams nos advierten que nunca hay que perder de vista los procesos que socavan esas asimetrías sociales, porque, como diría Williams, valen no únicamente en sí mismos, sino como elementos que explican el curso histórico que adopta un proceso hegemónico que en algún momento deberá acusar recibo de las mordidas.

²⁸ Elías Norbert (1999), op. cit. , p. 78.